**1. MARRÓN**

***Marrón*** (RAE): Dicho de un color: Castaño, o de matices parecidos.

***Marrón*** (definición indie): Cargar con un contratiempo u obligación ingrata.

Un día otoñal. Cierro los ojos para sumergirme en la dorada luz que se filtra a través de los cristales del ventanal y me dejo invadir por el silencio, sólo me acompaña una suave melodía de fondo que me aporta una paz infinita. Falta poco para el crepúsculo y decido disfrutar del momento. Son pocas las tardes tan perfectas, con la luz tan diáfana, y paladeo el café que me humea ante la cara. Le espero con impaciencia. Llegará con una sonrisa colgada del rostro y su aroma de jengibre; me hablará suave y él sabrá antes siquiera de que yo respire que mi respuesta es sí. No puedo negarme. Sus sugerencias son órdenes de urgencia para mí, compromisos ineludibles. No fallará, seguro. Estará aquí apenas caiga la noche, en el momento en que yo empiece a creer que quizás se olvide. Pero no, llegará con propuestas increíbles, con alternativas que no puedo imaginar…

Qué bonito me ha quedado el párrafo.

Lo que puede conseguir el aburrimiento. Y que conste que nada es mentira, es mi vida en este instante vista con lente convexa, aquella capaz de convertir los despachos del Ministerio de Hacienda en salones de villas provenzales y a los jefes en hombres atractivos de arrebatadora personalidad. Bueno, a la tarde no le voy a quitar su mérito, es un bonito ocaso del mes de octubre, de ésas que transforman en oro todo lo que tocan con su tono dorado. Muy mona, sí señor, lástima que desde la ventana sólo pueda apreciar el enfoscado del edificio de enfrente en vez de un bucólico paisaje campestre, que es lo que a mí me gustaría. Por cierto, ya podían remozar la fachada, que menudos desconchones tiene…

Yo no lo había planeado así, ni mucho menos. Debería estar ahora sumergida en un jacuzzi comunitario con mis amigas dándole a la húmeda y poniendo a caldo a todo aquel que se nos viniera a la cabeza, incluidos esos encantadores hombres, superiores nuestros en el ámbito laboral, que observados con lente plana resultan ser seres insoportables y de lo más insulso. Llevaba días preparando el evento, me había depilado a conciencia y comprado un bañador con chanclas a juego. Estaba muy ilusionada porque como salgo tan poco con ellas, cada cita que organizamos pretende ser una orgía desenfrenada, aunque la realidad se aleje bastante de ese ideal, qué más quisiéramos nosotras. Todo estaba a punto para nuestra gran tarde-noche y mira que me había costado organizarme para disfrutar la escapadita. Porque que me perdonen todas las posibles combinaciones de mujer trabajadora/ama de casa, pero el peor de los casos es el que incide en mi persona: mujer casada, asalariada a tiempo completo, madre de dos hijos distanciados en años y dueña de una cancerbera de carácter impío.

Rabia me da ser funcionaria y pertenecer al sector social que, según las habladurías, se dedica principalmente a visitar los grandes almacenes dentro del horario laboral para descubrir chollos antes incluso que las mismísimas dependientas. No digo yo que la sabiduría popular no tenga parte de razón, pero en toda regla hay excepción y en todos los sitios existe algún pringado. En Hacienda soy yo. Bueno no es justo, este infortunio se extiende a todo mi departamento, el de adquisiciones informáticas, que curramos como idiotas y observamos con el belfo caído cómo el resto de personal ficha puntual, o incluso antes de hora, y se aleja con paso firme y la frente alta, satisfecho por haber cumplido sobradamente con la tarea asignada.

A eso de las cinco, andaba yo rebuscando en mi bolso para localizar la ficha y celebrar tan deseado ritual de despedida de la oficina cuando apareció Él en la puerta con una carpetilla azul bajo el brazo y las gafas en la punta de la nariz. Me preguntó si ya me iba y respondí inocente que sí, que es lo que se terciaba a esa hora. Algo vibró en la atmósfera que me trajo mal fario y empecé a sospechar que la cosa no iba bien. Se quitó las lentes de vista cansada y me miró pesaroso, cariacontecido, abatido, y con un hilo de voz dijo que ya terminaría él como buenamente pudiera, que yo me fuera y disfrutara. Pregunté qué pasaba sopesando que cometía un error funesto y me señaló un expediente de compras que yo creía concluido y almacenado en lo más alto de la estantería por siempre jamás al tiempo que murmuraba en que me pirara ya, no fuera a retrasarme. Insistí en errar al interesarme en si había surgido algún problema con el dichoso recurso y asintió afligido, desolado, compungido. Era preciso revisarlo. Existía una diferencia en el montante nada despreciable y era necesario localizar el gazapo, pero que me fuera, que ya se encargaría él mientras yo me explayaba con mis colegas en las depurativas aguas de las termas. No pude hacerlo e introduje de nuevo la tarjetita en el monedero maldiciendo a todos los dioses del Olimpo. Me senté modosita e intenté dar un punto jocoso a mi voz cuando le comuniqué que me quedaba, al fin y al cabo, yo había trabajado en ese expediente y también en mi despacho podía sudar la gota gorda, igual que en una sauna, y mucho más arreglado de precio. Casi lloré cuando llamé a mis amigas, una a una, para decirles que se remojaran ellas cual garbanzos de la Bañeza, que yo prefería pasar la tarde en la delegación en compañía de mi adorado jefe.

¡¡¡Grrr!!! Qué asco ser tan responsable. ¿Y para qué? Para nada. Esto ni agradecido ni pagado, pero como mi padre me enseñó de niña a no eludir responsabilidades, no me puedo sacar el San Benito, y aquí me encuentro, tomándome un café para descansar de tanta cifra bailoteando en la pantalla del ordenador. Bueno, en este mismo instante divagando sobre mi parca vida, porque mi jefe ha salido de la sección en busca de una documentación que necesitamos para continuar y tarda en volver, no debe ser fácil localizarla. Sería preferible que Marcelo, Él, fuera un auténtico capullo, así no me remordería la conciencia yéndome, pero no puedo hacerlo, es un buen hombre que se ahoga en medio vaso de agua y tengo que ayudarle. ¿Qué le voy a hacer si soy la idiota de la pelota? Porque hasta vergüenza me da contar estas cosas que me pasan, la gente se desternilla de risa sin piedad en mis narices. Con razón.

“Él” se llama Marcelo y está tardando un montón, se ve que no encuentra los ficheros. Me ha dejado sola sin remordimiento alguno. Pero completamente sola, aquí no ha quedado ni el Tato. No me importa, yo miedosa no soy, estoy siempre tan rodeada de gente que casi agradezco tener un momento de sosiego. Si deseo que vuelva pronto es para poder acabar antes que por lo demás, a mí qué más me da.

Para poder tener unas horas de asueto y darme un remojón tuve que implicar a mi nunca bien ponderada madre para que recogiese al peque del colegio; al rezongón de mi padre para que transportara en su bólido a mi hija hasta su clase diaria de danza del vientre, situada en el límite de la provincia, y al pseudonovio de ésta para que se ocupara de la meadita vespertina de la sabuesa. También mantuve una acalorada conversación con el padre de mis hijos en la que se pusieron claramente de manifiesto nuestras posiciones; la mía de indignación absoluta por lo poco que puedo contar con su ayuda, incluso en casos de extrema necesidad, como el solaz que mi cuerpo serrano requería para evadirme del stress que me frecuenta, y la suya, tristona, por la falta de tiempo de que dispone para atender a su familia como desearía.

Llamo a mi madre, el niño ha merendado bien. Llamo a mi padre, está esperando en el bar frente a la academia de baile oriental tomándose una caña y discutiendo de fútbol mientras espera a que la futura artista finalice su contorneo de caderas. Intento localizar al fiscal (mi santo esposo) con la intención de reconciliarme con él aludiendo a que nuestro enfado es inútil ya que sigo varada en el Ministerio. No tengo resultado, el teléfono está apagado o fuera de cobertura. Paso de llamar al novio de la niña para interesarme por la perra, es rastafari y le tengo una tirria… La cría es mona, es verdad que está con el pavazo de los dieciséis años, pero no sé qué habrá visto en el zarrapastroso éste de las trenzas enmarañadas. Claro, que si a mí no me va, mejor no hablar de la opinión del fiscal, eso no meneallu, que dicen los gallegos; se pone de un humor de perros al rozar el tema.

Mi hija se llama Rocío en honor a la virgen de tal calificativo. No es que su padre o yo seamos fervientes devotos de su sagrada imagen, en absoluto, es que nos lo pasamos muy bien recorriendo “El Camino” y como consecuencia de la peregrinación mi barriga creció hasta parecer la cúpula de la mezquita azul de Estambul, obviamente cuando me vestía de ese color. Qué descuido. La cosa no tenía justificación alguna y como por aquel entonces no existía la píldora del día después, pues eso, aquí está la niña. Claro que de existir, hubiera necesitado más de una, en realidad no sé si con una caja hubiera bastado, bueno sí, que El Camino tampoco es para tanto y en una semana estábamos de vuelta a casa. Qué desliz. Porque el fiscal y yo ni siquiera salíamos juntos, nos hicimos novios después de casarnos.

Juan Celayos era un opositor reincidente de provincias que compartía piso con una amiga mía de la carrera de la que no sé nada desde hace años. En aquella casa cualquiera era bien acogido, independientemente de la hora, abundaban las fiestas y siempre encontrabas a alguien nuevo. Era un lugar divertido en el que el único que de verdad estudiaba era el futuro fiscal del estado, que era aplicado aunque no afortunado en los exámenes, los demás se dedicaban mayoritariamente a marear la perdiz. Yo le había sorprendido más de una vez mirándome a hurtadillas y era consciente de que aprovechaba cualquier oportunidad para acercarse a mí y charlar. Pero es que se empeñaba en tratar unos temas rarísimos, como la problemática del mejillón del río que en su pueblo era un inconveniente enorme porque se criaba sin control en los cauces y echaba a perder el casco de las embarcaciones de poco calado; también le preocupaba la proliferación de la cotorra verde en los parques de Madrid, aunque menos que los bivalvos. Bueno, quizá exagero pero sí eran contenidos “especiales”. A mí me gustaba su compañía, es verdad, aunque nuestros gustos distaran más de un metro y, además, me llevaba diez años, se trataba de un chico “mayor”, o yo era muy joven porque andaba entonces en el último curso de carrera.

Por alguna caprichosa conjunción de astros resultó que en aquel piso de estudiantes concurrieron simultáneamente grandes dichas. Al padre de mi amiga le tocó la lotería primitiva; Juan, el modosito opositor, superó finalmente sus temibles exámenes y Hung Lang, tercer habitante de aquel antro nacido en Hong Kong, consiguió una beca para realizar su tesis doctoral en Canadá, lugar en el que residía su amada. Hung era un tipo extrañísimo, con un físico poco común dado que su padre procedía de la Patagonia Andina y su madre del Kurdistán, aunque el gen predominante sin duda era el andaluz, puesto que uno de sus abuelos era oriundo de un pueblo de Jaén. Y fue el bueno de Hung quien en un acceso de sangre flamenca tuvo la feliz idea de montar una romería paralela a la del Rocío. Eso quería decir que haríamos “El Camino” de una forma poco ortodoxa, es decir, a cuatro patas, porque durante la semana que duró la excursión la melopea fue tal que apenas nos permitió enderezarnos y andar como los homínidos superiores que se supone somos.

Durante el trayecto, el recién estrenado fiscal Celayos (aún sin posesión del cargo) se olvidó por completo de los mejillones y demás parásitos, y comenzó a tirarme los tejos de manera descarada. Y borracho tenía chispa, o yo se la encontraba dado mi lamentable estado, y en fin, que la cosa se nos fue de las manos en repetidas ocasiones, ya digo. No es que quiera quitarme la parte de culpa que me corresponde, pero los errores de juventud son, a mi parecer, los más defendibles. Pero él, todo un fiscal del estado que se dirigía hacia los cuarenta inexorablemente, defensor a ultranza de los derechos humanos y la ecología, vamos no tenía disculpa alguna. Eran otros tiempos y la noticia cayó como una bomba de relojería en la provincia de Murcia, de dónde la familia Celayos era vecina. Se trata el suyo de un clan de rancio abolengo y prestigio acreditado, católico a ultranza y conservador como pocos de la región, y se le exigió un casamiento inmediato para enmendar su reprochable conducta. A mí aquello me sentó fatal. ¡Cómo me iba a casar con un sujeto que apenas conocía! Es verdad que era un encanto de hombre y bastante guapo, pero, a parte de la ristra de polvos que nos marcamos en la dichosa romería, nuestro contacto había sido bastante escaso. Además, menuda familia política que me encontraba, ésa sí que me echaba para atrás.

En mi casa la cosa resultó bien diferente aunque también sorprendente. Reuní a mis padres en la salita, y temerosa de Dios, les anuncié la nueva. Durante unos instantes se congeló la atmósfera de la habitación, el silencio era tan sepulcral que desee morir, después se miraron entre ellos y mi padre abrió la boca para decir:“ *Ay, Elisina*, *si a alguna le tenía que pasar*”, mi madre respondió taciturna “*mientras no le ocurra a las tres*”, y siguieron entre ellos, “*si es que eso se hereda*”, “*sí, nada se puede hacer en contra de los genes*”. Yo estaba a cuadros, no entendía nada de nada, pero algo me hizo sospechar que la versión del nacimiento prematuro de mi hermana mayor no fuera del todo cierta. Se sinceraron conmigo. Efectivamente, no era sietemesina y tampoco su nombre, Marifé, se debía a tan loable virtud teologal sino a cierta decisión que la federación de fútbol tomó con respecto al Real Madrid hace la friolera de 45 años y que mi padre celebró sin mesura. Qué hombre más forofo.

Me ha dado un escalofrío. Claro, a partir de las seis apagan la calefacción. Sólo me faltada constiparme ahora. Meto la mano en el fondillo de la chaqueta para calentarme y siento algo duro. Vaya, otra vez se me ha olvidado sacar los kleenex del bolsillo antes de lavarla y se han quedado petrificados, se ha quedado lleno de pelusilla. Ya tengo entretenimiento para un rato intentando deshacerme de los papelitos. Se me va el hilo de la forma más tonta. Tenía que estar revisando el expediente con lupa y aquí estoy, recordando mi embarazo de hace diecisiete años. Así, resultó que el máximo responsable de que mi barriga fuera en aumento no fuimos ni Celayos ni yo, sino Mendel y su manía de jugar con guisantes de diferentes calidades, o lo que es lo mismo, las leyes de la genética que habían escrito en mi código heredado la tendencia a las celebraciones de tipo erótico-festivas. Me acuerdo de la cara circunfleja de mis progenitores cuando les comenté que además tenía una propuesta matrimonial del padre de la criatura, fiscal del estado que viajaría de forma inmediata a Valladolid porque allí le habían adjudicado su puesto provisional. Aunque lo del fiscal sonaba bien, no lo veían claro. Con razón. ¿Cómo iba a matrimoniar con un desconocido? Lo de ser fiscal no era una mala carta de presentación aunque cabal, poco. Prudentemente se apartaron del tema y cargaron sobre mí la decisión, como debía ser. Y en un momento de obnubilación decidí que sí porque en realidad lo único que te hace falta saber de un tipo para casarte con él es si de verdad quiere casarse contigo, bueno conocer el apellido no está de más tampoco. Así que sin pensarlo mucho me fui a la capital Vallisoletana en compañía de un apuesto abogado luciendo un anillo de oro en el dedo anular.

El bodorrio no salió mal del todo. Yo había soñado desde niña vestirme como Sissí emperatriz en un día tan señalado, con miriñaque y todo, pero dado el bombo que se denotaba con claridad bajo la ropa, creí más conveniente ir ataviada a lo Josefina Bonaparte, por aquello de que los trajes de estilo imperio disimulan más la barriguilla. Y resultó que aquella decisión tomada un poco a tontas y a locas ha derivado en uno de los mayores aciertos que he tenido. Nuestra convivencia siempre ha sido modelo para otros, lo pasamos bien juntos, Celayos es un tipo encantador que se ríe con los chistes de abogados con que mi padre le ataca continuamente y que plancha bien, cuando lo hace. Cosas de la vida. Pero aquel día de mi boda la cosa no estaba tan clara. Los de Murcia trajeron todos caras de lechuga, digo yo que sería por aquello de la huerta, y los de Madrid lucían un bonito gesto escéptico que no presagiaba nada bueno. Mi hermana Marifé estaba de un humor de perros. No asimiló bien lo de llamarse en realidad María de la Federación y no le dirigía la palabra a mi padre. Por su parte, mi hermana menor intentaba en vano templar gaitas entre ellos alegando que no era para tanto, tampoco con ella estuvieron muy acertados con el tema del nombre y vivía tan feliz. Mis dos abuelas se llevaban fatal y su calificativo es consecuencia de una trifulca descomunal entre ellas, un pulso que las dos venerables ancianas mantenían para medirse las fuerzas. La materna quería llamarla como ella, Gloria, mientras que a la paterna le gustaba “Marimar” porque cierto día probó el agua de Valencia y quedó encantada. Por más que intentaron convencerla de que tan deliciosa bebida no tenía nada que ver con las cristalinas aguas del Mediterráneo, no hubo manera, ella erre que erre. Era muy cabezota. Y así el resultado de tan ajustada lid quedó en “Gloria de los Mares”, cursilería sin parangón alguno en los aliases del mundo mundial. Yo soy con diferencia la mejor parada, mi nombre es Ángela, “Nines” para los de casa.

Mira que se me va la pelota cuando estoy aburrida. Como no venga mi jefe pronto con los estadillos, me piro. Toda este rememorar mi boda lo hago de forma deliberada, para evitar que se pasee por mi mente la imagen de mis amigas bajo las manos de un experto masajista. Y todo ¿para qué? Para nada. Ya digo, esto ni agradecido ni pagado, casi me marcho y ya seguiré mañana, así libero al rastafari del paseo de la perrita no vaya a ser que le pegue las pulgas, digo el rastafari a la perrita, no al revés.

Oigo un ruido en el pasillo, una silla se ha movido y me sobresalto. Se supone que allí en la planta no hay ningún otro pringado. El personal de la limpieza pasó hace rato y sólo hay vigilancia en la planta séptima, la de los jefazos. Abro la puerta de mi despacho con sigilo. Todo está vacío y en orden. No soy aprensiva pero…

Todo edificio oficial que se precie esconde una leyenda tras él. Ahí está la Casa de América albergando a Raimunda, la fantasma más famosa de Madrid, o el Museo Reina Sofía y su ristra de espectros encadenados. Pues bien, el Ministerio de Hacienda también tiene su historia aunque no es tan famosa, ni su protagonista tan respetable. Aseguran fuentes bien informadas que en las noches de luna llena una forma intangible recorre las galerías resoplando y aterrorizando al personal que ose permanecer en el recinto tras el anochecer. Sin duda se trata de un burdo rumor en el que los más vagos encuentran apoyo para jamás currar por la tarde porque la aparición es inofensiva aunque posea unas características muy especiales, digamos que no es un duende convencional porque adora el ejercicio físico. Es más, aquéllos que lo han vislumbrado, testifican que se pasa la noche haciendo jogging en pelotas, vamos que va a toda mecha por los pasillos luciendo sus virtudes. Las cámaras de seguridad nunca han captado su imagen y los hay que hasta trampas le han puesto, pero nada, ni una mísera prueba de su existencia ultraterrenal ha dejado. En fin, voy a echar otro vistazo. Miedosa no soy pero…

Mis padres me ayudaron con la niña, que si no de qué voy a aprobar yo las oposiciones para Hacienda. Por cierto, la única que ha debido heredar el gen de la predisposición a quedar preñada celebrando saraos he sido yo porque mis dos hermanas han mostrado una conducta ejemplar al respecto. Marifé sigue soltera y sin compromiso y eso que es, con diferencia, la más guapa y aplicada de nosotras. Y lista. Y alta. Vamos, que lo tiene todo. Pero no le acompaña el carácter, es un cardo borriquero de mucho cuidado. Como no podía ser de otro modo, encontró un trabajo excelente en el gabinete de traducción simultánea del tribunal de Estrasburgo, ni que decir tiene que domina varios idiomas. Faena tiene y bien remunerada. Pero no tiene novio, jamás se le ha conocido affaire alguno. Ella alega en su defensa que se trata de tener discreción, que no es de las que airean su vida privada, pero qué va, es que no tiene, ni ahora ni nunca, si no hay quien la aguante. Mis padres la admiran mucho pues es un modelo a seguir en todo y discretamente celebran que resida lejos; es mucho más llevadera cuando se la trata de tarde en tarde.

Por aquello de que el destino juega a su antojo, en mi familia las pautas se fueron invirtiendo, y después de mí, moderada tanto en belleza como en sabiduría, llegó Gloria de los Mares, que resultó ser una mujer diminuta y feúcha pero salada como ella sola. Tampoco salió muy aplicada ni con demasiada fortuna y a duras penas encontró ocupación en una librería. Su horario es infernal y su familia lo sufre, sobretodo su hijo Raúl, de siete años. La dueña nos hace descuento si compramos libros en su tienda. Un 5%, la tía rácana. Por lo demás, la vida de mi hermana menor no es demasiado apasionante, transcurre de forma monótona, sin altibajos y rara vez le ocurre algo interesante. Siempre van de vacaciones al mismo lugar, el pueblo de mi cuñado, viste invariablemente con vaqueros y camisola larga para disimular el trasero y consumen lentejas estofadas todos los martes, aunque caiga en festivo. Su esposo es un hombre bastante gris, soso y calladito con el que se lleva de maravilla y que curiosamente aporta a la familia el único toque original y realmente característico que la diferencia del resto: los pomos de las puertas de su casa. Efectivamente. Se da la circunstancia de que mi cuñado es representante de tan ornamental accesorio doméstico y su empresa le regala cada año por navidad un juego de manillares para sus puertas. Él preferiría una buena paga extra, o un jamón, pero se ve que a la firma le sale más económico este agasajo y lo endilga a sus empleados junto con la típica tarjeta felicitando las fiestas. Es verdad que no son de mala calidad y siempre el último grito en diseño, pero no viene a cuento tal rimbombancia de tiradores rococós con la discreta apariencia de la casa, un semisótano en el periférico barrio de Tetuán de las Victorias.

Era divertido vivir todas juntas en casa, aunque no todo en el campo era orégano ni olía como tal. Recuerdo que en cierta ocasión mi padre se emperró en que debíamos estudiar música para emular a cierta tía-abuela que aprendió solfeo por sus propios medios. Le reconozco su loable esfuerzo; no tanto su mal oído, porque las tres tenemos el sentido musical algo atrofiado y el del ritmo allá en Pernambuco, que para aquel que lo ignore, es una localidad ubicada en Brasil. De nada por la información. Bueno, pues mi buen progenitor decidió que estaríamos más motivadas si nos enfrentábamos a un instrumento con el que nos sintiéramos identificadas. Compró así una guitarra a Marifé, un laúd a mí y a la pequeña de la casa le destinó una bandurria. Se armó la gorda en casa. Mi querida hermana mayor consideró que el suyo era un instrumento sexista y se negó en rotundo a ser una vulgar Carly Simon, que no es por nada pero más quisiera ella. Gloria de los Mares pilló un berrinche descomunal dado que aquel regalo sorpresa coincidió con el momento en el había decidido poner punto final a su sobrepeso, la pobre llevaba meses a dieta y machacándose en un gimnasio. Cuando creía que su esfuerzo se había recompensado y se notaba más esbelta, apareció mi padre pletórico con la bandurria para recordarle su condición. El hombre lo hizo sin mala intención, hasta pena le dio ver llorar así a la niña, por eso no rechistó cuando el instrumento fue elevado a la cumbre, es decir, al maletero, con ayuda de una escalera, por supuesto. Pero con mucho, la más perjudicada fui yo. Aparte de la forma oblonga del laúd, que prefiero obviar y no relacionarla en absoluto con mi constitución física, ¿qué quería este hombre que hiciera yo con un laúd? Pero vamos a ver, en qué pensaba cuando me endilgó tal instrumento cordófono, estridente y arcaico donde lo haya. Ni por un instante consideré tañer sus cuerdas mediante púa o plectro, ni entonar cual trovador medieval una sonada gesta o un mal de amores. Nada, al altillo, para acompañar a la guitarra y la bandurria. Como no hay dos sin tres, ni tres sin cuatro, la última que montó en cólera fue mi madre que puso el grito en el cielo al ver tan reducido el espacio del armario en el que ella guardaba los edredones de invierno. Continuamente echaba en cara a su marido su absurda adquisición y le espetaba que para el caso que habíamos prestado a la música, mejor hubiera comprado tres ukeleles, que ocupaban menos y así tendría sitio para sus mantas.

¡Ay! Pero, ¿dónde habrá ido mi jefe? Llevo esperándole una eternidad. Ahora que lo pienso, creo que nunca he esperado tanto tiempo a un hombre. Hasta se ha hecho de noche. Cinco minutos más y me voy, si no encuentra los estadillos qué le vamos a hacer. Voy a repasar el correo. Tengo tres mensajes nuevos en la bandeja de entrada, uno es de una de esas cadenas que no debes romper jamás si no quieres que la desgracia caiga sobre ti de forma irremediable; en fin, creo que ya debería haber muerto unas 1500 veces aproximadamente. El segundo es propaganda de viagra, la píldora mágica, ésta la fabrican en china y al parecer si se compran a granel sale muy arreglada de precio, ummm… Me da a mí que más de uno de los que me rodean ha contactado ya con este distribuidor clandestino de fármacos. Y el último: una liquidación fantástica de artículos de bisutería. Qué grande. Desde que instalaron en el Ministerio el nuevo sistema antispam nos pasamos el día borrando correos basura. Oigo que se abre una puerta. Menos mal que ya está aquí este hombre, anda que no se hace de rogar. Salgo al pasillo pero no hay nadie. Las sombras se han adueñado del edificio. ¡Ay! Que yo miedosa, lo que se dice miedosa, no soy…Me pregunto para qué estoy aquí. Para nada, si esto ni agradecido ni…Vale, vale, no sigo, ya me callo.

A este paso llego a casa con el niño acostado. Pobre mío, acaba los días agotado. Como ha cumplido tres años, ya va al cole y para animarle le engañamos haciéndole creer que aquél es un lugar de diversión, donde puede llegar a pasárselo igual o mejor que papá y mamá en sus respectivos trabajos. Grrr.

También mi segundo embarazo fue debido a una especie de celebración….

Había perdido un pendiente y llevaba días rabiando porque aunque su valor no era alto, se trataba de una joya heredada de mi abuela, la del agua de Valencia, y me molestaba perderlo. Y pasado el tiempo se presentó el fiscal con una perla en la mano diciendo que lo había encontrado en el garaje, en el canalillo de la puerta corredera. No lo podía creer. Habían pasado más de dos meses y el arillo apareció casi por arte de magia. ¡Y lo había visto mi santo esposo que es más miope que un gato de escayola! Tal alegría me dio que le arrastré literalmente al dormitorio. Y pasadas unas semanas…

—Juan…

—¿Qué?

—Esto… Estoy algo preocupada.

—¿Por?

—No me ha venido la regla

Por fin retiró la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sólo un poco…no sé…sorprendida.

Me regaló una mirada dulce con una medio sonrisa.

—Los años pasan, en algún momento debía ocurrir.

—¿Me estás llamando vieja?

—Sabes que no.

—Tengo 36 años…

—Diez menos que yo.

Nada, que no entendía el asunto. Tan espabilado que es y a veces…

—Juan, no es la menopausia.

—Entonces debes ir al médico cuanto antes.

Me lo hubiera cargado gustosamente.

—¡Estoy embarazada!

Cambió su tierna expresión por una aterrada. Por fin había caído del guindo.

—¡No jodas!

—A buenas horas vienes con éstas.

—Quiero decir que no es posible. Siempre hemos puesto medios.

—Siempre no, Juan, acuérdate en “El Rocío”

—Aquello fue otra cosa. Se nos fue de las manos y éramos muy jóvenes.

—Yo sí. Tú tenías mi edad de ahora, más o menos.

—Ni me lo recuerdes.

—Pues lo mismo pasó el día del pendiente.

Abrió los ojos como platos y se frotó la frente derrumbado.

—No es posible…

Lo dijo con tono lastimero, casi mendigando la posibilidad de la duda pero vaya si era posible. Era la portadora de un embrión de fiscal, algo que en absoluto le hacía gracia. También yo tardé en aceptarlo, ya teníamos la vida acomodada con la niña, y nos considerábamos “mayores” para procrear, sobre todo él. En fin, no sé qué puedo decir. Yo sé que la gente programa sus embarazos, tener hijos es algo demasiado serio como para dejar que sea el azar quien decida cuando deben venir, pero para nosotros ha resultado imposible. Y tampoco es que seamos unas cabezas locas.

Lo peor era dar la noticia a los de Murcia. El fiscal temía cómo se lo tomarían sus ancianos padres, de salud muy castigada. Desde que dejó embarazada a una joven madrileña, su compostura no había dejado de estar en entredicho en la provincia; cierto es que la situación era diferente, estábamos casados, pero también que conocían nuestra reticencia tras el nacimiento de Rocío a volver a ser padres; estaba más que claro que se trataba de otro desliz. Y es que al parecer nuestra decisión de no volver a engendrar era conocida en todo su vecindario, mi suegra la había propagado a los cuatro vientos porque creía que así la virtud de su hijo quedaría de nuevo sin mácula. Yo no entendía el problema, si les gustaba la idea de ser nuevamente abuelos, bien y si no, también. Pero él me contestaba que allí, en su pueblo, todo eran habladurías y que a su madre le iba a dar el soponcio si su nombre volvía a danzar de boca en boca, le había costado un triunfo restablecer su credibilidad y reconquistar el prestigio social de su vástago; si se venía de nuevo abajo, podría caer enferma, tan delicada de salud como estaba. El tiempo pasaba, yo engordaba y Celayos callaba como un muerto. En fin, era su familia, que se las arreglara él como bien pudiera. Y resultó que los venerables ancianos se presentaron sin aviso previo en nuestra casa. Jamás salían de su cubil del cálido sureste, venir a la capital les suponía un esfuerzo ímprobo, pero aprovechado una denuncia del sector agrario decidieron darnos una sorpresa. Se había organizado desde Murcia una excursión a Madrid para elevar una queja por las malas condiciones que atravesaba la huerta murciana. Labriegos y menestrales cogieron sus camiones para formar una caravana que tenía como destino el Ministerio de Agricultura, allí regalarían frutas y hortalizas a tuti plen y leerían un comunicado exponiendo el lamentable estado del gremio y exigir una reunión con la ministra. Acompañando a los tractores llegaron multitud de autocares transportando al personal que apoyaría la manifestación y también a mis suegros ataviados con sus mejores galas.

Les abrí la puerta con una panza de siete meses. El tinte de su tez viró rápidamente del berenjena al blanco congrio, en el caso de mi suegro, y del tono nº4 “arena del desierto” de Lancôme al del calabacín cocido en el de ella. El fiscal no estaba en casa y yo perdí el habla pero, aún consternada y con los reflejos menguados, fui capaz de invitarles al salón y proponerles una infusión sedante, si es que les apetecía. Por suerte mi padre estaba allí y se hizo cargo de la situación de inmediato. Se interesó por la revuelta agrícola y sus reivindicaciones, claro, pero sobre todo se informó del día y hora en que los murcianos regalarían melones a todo aquél que se personificara en la puerta del Ministerio; tenía la intención de aparecer con el carrito de la compra y proporcionarnos fruta gratuita a toda la familia para una semana. En un momento determinado de la tarde mi madre política me acompañó a la cocina y me preguntó en un susurro si Juan sabía de mi estado. Dirigí mi mirada alternativamente desde mi barriga a su careto, incitándola a imaginar si era posible disimular aquel preñado. Le contesté afirmativamente y ella resopló, no sé si aliviada o hiperventilando para prevenir el vahído que veía avecinarse.

Esta vez estoy segura. He oído pisadas a la carrera por el pasillo y una puerta se ha cerrado de golpe. Me levanto de un salto y cautelosa me acerco al despacho de mi jefe, está contiguo al mío. Giro el pomo pero se mantiene atascado, la puerta continua cerrada con llave y la luz apagada. Una alarma se dispara en mi interior. Mi jefe no ha sido. No hay rastro de vida humana a mi alrededor y un sudor frío me recorre la espalda. Mi superior se ha evaporado y la materia oscura se ha adueñado del Ministerio. Los rincones se pueblan de espíritus de funcionarios ancestrales que reclaman los moscosos no disfrutados durante su vida activa y el viento helado que cruza el patio interior se lleva volando sus obsoletas nóminas impresas en papel. Vuelvo a mi mesa a toda velocidad y comienzo a recoger de forma frenética porque miedosa no soy pero…

Apago el ordenador y justo en el momento que oigo el soniquete de Windows cerrándose caigo en la cuenta del correo que borré sin hacerle caso, ése que me auguraba veinte años de desgracias si rompía la cadena de mensajes. Mierda. Pulso el interruptor para encenderlo de nuevo. Tarda una eternidad en arrancar y ganas me dan de liarme a golpes con la pantalla. Intento tranquilizarme recordando algo ameno pero sólo me viene a la cabeza la expresión anodina de mis suegros esperando las pertinentes explicaciones de su hijo sobre mi segundo e inesperado embarazo mientras sostenían entre las manos un paquete de arroz de Calasparra que, a modo de presente, nos traían para que degustáramos cereal de calidad y no esos sucedáneos envasados que consumíamos en casa, que seguro se cultiva en Pakistán. Por cierto, mi padre consiguió un saco de melones riquísimos, dijo que se esmeró eligiendo las piezas apretando por los costados cada fruto. Él es incapaz de averiguar el estado de madurez por ese método pero como todos lo hacían, no iba a ser él menos, y oye no le salió mal la cosa.